

BX 955.
85
v. 4

GLORIAS
PONTIFICADO

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



ONDO BIBLIOTECA PUBLICA
EL ESTADO DE NUEVO LEON

Establecimiento tipo-litográfico de LA EDITORIAL CATÓLICA.—Gravina, 2.—Barcelona.

LIBRO VIII
LOS PAPAS DEL SIGLO DE LUIS XIV.



TOMO IV.

LIBRO VIII
LOS PAPAS DEL SIGLO DE LUIS XIV.

SUMARIO.

San Ignacio de Loyola.—Su vida y su obra.—Resúmen histórico.—Las misiones.—San Sixto V y sus sucesores.—Luis XIV.—Biografías de los demas papas del siglo XVII.

I.

Despues de haber narrado en el libro anterior el nacimiento y progresos del protestantismo, justo y necesario es ocuparse ahora, antes de reanudar las biografías de los pontífices, de un gran santo fundador de una orden no menos grande y que fué, es y puede asegurarse que será siempre, importante parte de la milicia católica que en todas partes combate con fervor, con ardimiento y con tanta fé como inteligencia, en pro de la Iglesia de Jesucristo. No sería posible negar, sin apasionamiento censurable, en las páginas de esta obra, un lugar para la narracion de la vida de San Ignacio de Loyola, tan valiente defensor de la ortodoxia católica como Lutero fué enemigo de esta. Y ningun texto apropiado para ello como el del ilustre P. Rivadeneira, que en resúmen dice así:

«Iñigo de Loyola, fundador y padre de la Compañía de Jesus, nació de noble linaje, en aquella parte de España que se llama la provincia de Guipúzcoa, el año del Señor de 1494, presidiendo en la silla de San Pedro Inocencio Papa VIII de este nombre, y siendo emperador Federico III, y reinando en España los católicos reyes don Fernando y doña Isabel, de gloriosa y esclarecida memoria. Fué su padre Yañez de Oñaz y Loyola, señor de la casa y solar de Loyola y del solar de Oñaz, que están ambos en el término de la villa de Azpeitia, cabeza de su ilustre y antigua familia. Su ma-

dre se llamó doña María Saez de Balda, hija de los señores de la casa y solar de Balda, que está en término de la villa de Azcoytia, matrona igual en sangre y virtud á su marido. Son estas dos casas, de Loyola y de Balda, de parientes que llaman mayores, y de las mas principales de la provincia de Guipúzcoa. Tuvieron estos caballeros cinco hijas y ocho hijos, de los cuales el postrero de todos, como otro David, fué nuestro Iñigo, que con dichoso y bienaventurado parto, salió al mundo para bien de muchos, á quien llamaremos de aquí en adelante Ignacio, por ser este nombre mas comun á las otras naciones, y en él mas conocido y usado.

»Pasados pues los primeros años de su niñez, fué enviado de sus padres Ignacio á la corte de Reyes católicos. Y comenzando ya á ser mozo, y á hervirle la sangre, movido del ejemplo de sus hermanos, que eran varones esforzados, y él, que de suyo era brioso y de grande ánimo, dióse mucho á todos los ejercicios de armas, procurando de aventajarse sobre todos sus iguales, y de alcanzar nombre de hombre valeroso, y honra y gloria militar. El año, pues, de 1521, estando los franceses sobre el castillo de Pamploña, que es cabeza del reino de Navarra, y apretando el cerco cada dia mas, los capitanes que estaban dentro, estando ya sin ninguna esperanza de socorro, trataron de rendirse, y pusieranlo luego por obra, si Ignacio no se lo estorbara, el cual pudo tanto con sus palabras, que los animó y puso corage para resistir hasta la muerte al francés.

»Mas como los enemigos no aflojasen punto de su cerco, y continuadamente con cañones reforzados batiesen el castillo, sucedió, que una bala de una pieza dió en aquella parte del muro, donde Ignacio valerosamente peleaba; la cual le hirió en la pierna derecha, de manera que se la desjarretó, y casi desmenuzó los huesos de la canilla. Y una piedra del mismo muro, que con la fuerza de una pelota resurtió, tambien le hirió malamente la pierna izquierda. Derribado por esta manera Ignacio, los demas que con valor se esforzaban, luego desmayaron: y desconfiados de poderse defender se dieron á los franceses; los cuales llevaron á Ignacio á sus reales, y sabiendo quien era, y viéndole tan mal parado, movidos de compasion le hicieron curar con mucho cuidado.

»Y estando ya algo mejor, le enviaron con mucha cortesia y

liberalidad á su casa, donde fué llevado en hombros de hombres, en una litera. Estando ya en su casa, comenzaron las heridas, especialmente la de la pierna derecha, á empeorar. Llamáronse nuevos médicos y cirujanos; los cuales fueron de parecer, que la pierna se habia otra vez de desencajar, porque los huesos, ó por descuido de los primeros cirujanos, ó por el movimiento ó agitación del camino áspero, estaban fuera de su juntura y lugar: y era necesario volverlos á él y concertarlos para que se soldasen. Hizo-se así, con grandísimos tormentos y dolores del enfermo. El cual pasó esta carnicería que en él se hizo, y todos los demás trabajos que despues le sucedieron, con un semblante y con un esfuerzo que ponía admiracion. Porque ni mudó color, ni gimió, ni suspiró, ni hubo siquiera ay; ni dijo palabra que mostrase flaqueza.

»Crecia con todo esto el mal mas cada dia, y pasaba tan adelante, que ya poca esperanza tenia de su vida; y avisáronle de su peligro. Confesóse enteramente de sus pecados la víspera de los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo, y como caballero cristiano armóse de las verdaderas armas de los otros santos Sacramentos, que Jesucristo nuestro redentor nos dejó para nuestro remedio y defensa. Ya parecia que se iba llegando la hora y el punto de su fin, y como los médicos le diesen por muerto si hasta la media noche de aquel dia no hubiese alguna mejoría, fué Dios nuestro señor servido que en aquel mismo punto la hubiese. La cual creemos que el bienaventurado apóstol San Pedro la alcanzó de Nuestro Señor; porque en los tiempos atrás siempre Ignacio le habia tenido por particular patron y abogado, y como tal le habia reverenciado y servido, y así le apareció este glorioso Apóstol la noche misma de su mayor necesidad, como quien le venia á favorecer y le traía la salud. Librado ya de este peligroso trance, comenzaronse á soldar los huesos y á fortificarse: mas quedábanle todavía dos deformidades en la pierna. La una era de un hueso que le salía debajo de la rodilla feamente. La otra nacia de la misma pierna, que por haberle sacado de ella veinte pedazos de huesos quedaba corta y contrahecha, de suerte que no podia andar ni tenerse sobre sus piés.

»Era entonces Ignacio mozo lozano y pulido, y muy amigo de galas y traerse bien; y tenia propósito de llevar adelante los ejerci-

cios de la guerra que habia comenzado. Y como para lo uno y para lo otro, le pareciese grande estorbo la fealdad y encogimiento de la pierna, queriendo remediar estos inconvenientes, preguntó primero á los cirujanos, si se podia cortar sin peligro de la vida aquel hueso que sobresalia con tanta deformidad. Y como le dijiesen que sí, pero que seria muy á su costa, porque habiéndose de cortar por lo vivo, pasaria el mayor y mas agudo dolor que habia pasado en toda la cura, no haciendo caso de todo lo que para divertirle se le decia, quiso que le cortasen el hueso, por cumplir con su gusto y apetito, y como se le oyó decir, por poder traer una bota muy justa y muy pulida, como en aquel tiempo se usaba: ni fué posible sacarle de ello, ni persuadirle otra cosa. Quisiéronle atar para hacer este sacrificio, y no lo consintió, pareciéndole cosa indigna de su ánimo generoso. Y estúvose con el mismo semblante y constancia que arriba dijimos, así suelto y desatado, sin menearse, ni boquear, ni dar alguna muestra de flaqueza de corazon.

»Cortado el hueso se quitó la fealdad. El encogimiento de la pierna se curó por espacio de muchos dias, con muchos remedios de unciones y emplastos, y ciertas ruedas é instrumentos, con que cada dia le atormentaban, estirando y estendiendo poco á poco la pierna, y volviéndola á su lugar. Pero por mucho que la desencogieron y estiraron, nunca pudo ser tanto, que llegase á ser igual al justo con la otra.

»Estábase todavía nuestro Ignacio tendido en una cama herido de Dios, que por esta vía le queria sanar, y cojo y como otro Jacob, que quiere decir batallador para que le mudase el nombre y le llamase Israel, y viniese á decir: ví á Dios cara á cara, y mi ánima ha sido salva. Pero veamos porque camino le llevó el Señor, y como antes que viese á Dios fué menester que luchase y batallase. Era en este tiempo muy curioso y amigo de leer libros profanos de caballerías, y para pasar el tiempo, que con la cama y la enfermedad, se le hacia largo y enfadoso, pidió que le trujesen algun libro de esta vanidad. Quiso Dios que no hubiese ninguno en casa, sino otros de cosas espirituales que le ofrecieron; los cuales él aceptó, mas por entretenerse en ellos, que no por gusto y devoción. Trujéronle dos libros, uno de la vida de Cristo nuestro señor, y otro de vidas de santos, que comunmente llaman *Flos Sancto-*

rum. Comenzó á leer en ellos al principio como dije, por su pasatiempo, despues poco á poco por aficion y gusto. Porque esto tienen las cosas buenas, que cuanto mas se tratan, mas sabrosas son. Y no solamente comenzó á gustar, mas tambien á trocársele el corazon, y á querer imitar y obrar lo que leia. Pero aunque iba nuestro Señor sembrando estos buenos deseos en su ánima, era tanta la fuerza de la envejecida costumbre de su vida pasada; tantas las zarzas y espinas de que estaba llena esta tierra yerma y por labrar, que le ahogaba luego la semilla de las inspiraciones divinas, con otros contrarios pensamientos y cuidados.

»Mas la divina misericordia, que ya habia escogido á Ignacio por su soldado, no le desamparaba, antes le despertaba de cuando en cuando, y avivaba aquella centella de su luz, y con la fresca leccion, refrescaba y esforzaba sus buenos propósitos; y contra los pensamientos vanos y engañosos del mundo le proveia y armaba con otros pensamientos cuerdos, verdaderos y macizos. Y esto de manera que poco á poco iba prevaleciendo en su ánima la verdad contra la mentira, el espíritu contra la sensualidad, y el nuevo rayo y luz del cielo contra las tinieblas palpables de Egipto. Y juntamente iba cobrando fuerzas y aliento para pelear y luchar de veras, y para imitar al buen Jesus nuestro capitan y señor y á los otros Santos, que por haberle imitado merecen ser imitados de nosotros.

»Hasta este punto habia ya llegado Ignacio, sin que ninguna dificultad de las muchas que se le ponian delante, fuese parte para espantarle y apartarle de su buen propósito; pero sí para hacerle estar perplejo y confuso, por la muchedumbre y variedad de pensamientos con que por una parte el demonio le combatia, queriendo continuar la posesion que tenia de su antiguo soldado, y con que por otra el Señor de la vida le llamaba y convidaba á ella, para hacerle caudillo de su sagrada milicin. Mas entre los unos pensamientos y los otros, habia gran diferencia; porque los pensamientos del mundo tenian dulces entradas y amargas salidas. De suerte que á los principios parecian blandos y halagüenos y regaladores de apetito sensual; mas sus fines y lejos eran dejar atravesadas y heridas las entrañas, y el ánima triste, desabrida y descontenta de sí misma. Lo cual sucedia muy al revés en los pensamien-

tos de Dios. Porque cuando pensaba Ignacio lo que habia de hacer en su servicio, como habia de ir á Jerusalem y visitar aquellos santos lugares; las penitencias con que habia de vengarse de sí y seguir la hermosura y excelencia de la virtud y perfeccion cristianas, y otras cosas semejantes, estaba su ánima llena de deleites, y no cabia de placer mientras que duraban estos pensamientos y tratos en ella; y cuando se iban, no le dejaban del todo vacía y seca, sino con rastros de su luz y suavidad.

»Pasaron muchos dias sin que echase de ver esta diferencia y contrariedad de pensamientos, hasta que un dia alumbrado con la lumbre del cielo, comenzó á parar mientes y mirar en ello, y vino á entender cuan diferentes eran los unos pensamientos de los otros en sus efectos y en sus causas. Y de aquí nació el cotejarlos entre sí, y los espíritus buenos y malos, y el recibir lumbre para distinguirlos y diferenciarlos. Y este fué el primer conocimiento que Nuestro Señor le comunicó de sí y de sus cosas: del cual acrecentando con el continuo uso, y con nuevos resplandores y visitaciones del cielo, salieron despues, como de su fuente y de su luz, todos los rayos de avisos y reglas que el buen Padre en sus ejercicios nos enseñó, para conocer y entender la diversidad que hay entre el espíritu verdadero de Dios y el engañoso del mundo.

»Porque primeramente entendió que habia dos espíritus no solamente diversos, sino en todo y por todo tan contrarios entre sí, como son las causas de donde ellos proceden; que son luz, y tinieblas: verdad, y falsedad: Cristo, y Belial. Despues de esto comenzó á notar las propiedades de entrambos espíritus, y de aquí se siguió una lumbre y sabiduría soberana que Nuestro Señor infundió en su entendimiento, para discernir y conocer la diferencia de estos espíritus, y una fuerza y vigor sobrenatural en su voluntad, para aborrecer todo lo que el mundo le representaba; y para apetecer, y desear, y proseguir todo lo que el espíritu de Dios le ofrecia y proponia. De los cuales principios y avisos se sirvió despues por toda la vida.

»De esta manera, pues, se deshicieron aquellas tinieblas que el príncipe de ellas le ponía delante. Y alumbrados ya sus ojos, y esclarecidos con nuevo conocimiento, y esforzada su voluntad con este favor de Dios, dióse priesa y pasó adelante, ayudándose por

una parte de la leccion, y por otra de la consideracion de las cosas divinas, y apercibiéndose para las asechanzas y veladas del enemigo. Y trató muy de veras consigo mismo de mudar la vida, y enderezar la proa de sus pensamientos á otro puerto mas cierto y mas seguro que hasta allí, y destejer la tela que habia tejido, y desmarañar los embustes y enredos de su vanidad, con particular aborrecimiento de sus pecados, y deseo de satisfacer por ellos, y tomar venganza de sí: que es comunmente el primer escalon que han de subir los que por temor de Dios se vuelven á El.

»Y aunque entre estos propósitos y deseos se le ofrecian trabajos y dificultades, no por eso se desmayaba ni se entibiaba punto su fervor: antes armado de la confianza en Dios, como con un arnés trezado de piés á cabeza, decia: «En Dios todo lo podré. Pues me da el deseo, tambien me dará la obra. El comenzar y acabar, todo es suyo.» Y con esta resolucion y determinada voluntad se levantó una noche de la cama, como muchas veces solia, á hacer oracion, y ofrecerse al Señor en suave y perpétuo sacrificio, acabadas ya las luchas y dudas congojosas de su corazon. Y estando puesto de rodillas delante de una imágen de Nuestra Señora, y ofreciéndose con humilde y fervorosa confianza, por medio de la gloriosa Madre al piadoso y amoroso Hijo, por soldado y siervo fiel; y prometiéndole de seguir su estandarte real, y dar de coces al mundo, se sintió en toda la casa un estallido muy grande, y el aposento en que estaba tembló. Y parece que así como el Señor con el terremoto del lugar donde estaban juntos los sagrados Apóstoles cuando hicieron oracion, y con el temblor de la cárcel en que estaban aherrojados san Pablo y Silas, quiso dar á entender la fuerza y poder de sus siervos, y que habia oido la oracion de ellos: así con otro semejante estallido del aposento en que estaba su siervo Ignacio, manifestó cuan agradable y acepta le era aquella oracion y ofrenda que hacia de sí. O por ventura el demonio ya vencido huyó, y dió señales de su enojo y crueldad, como leemos de otros santos.

»Pero con todo esto no se determinó de seguir particular manera de vida, sino de ir á Jerusalem despues de bien convalecido, y antes de ir, de mortificarse y perseguirse con ayunos y disciplinas, y todo género de penitencias y asperezas corporales. Y con un